

focos de la intelectualidad europea, la Abadía donde mora la hermana de una santa de última moda: Teresita de Francia. Los coloquios están fielmente transcritos. El lector se conmueve y transporta. Entornando los párpados se diría que es el medioevo que retorna al conjuro de la palabra sedosa del señor Wast.

Pero abrimos los ojos y vemos una Argentina nueva. Fábricas enormes, con un proletariado numeroso, conventillos hirvientes, donde una humanidad joven está forjando otro espíritu. Escuchamos la voz demoledora de los humoristas. Hugo Wast y su época se van haciendo sombra, eco, humo, nada. Mujeres alegres y fuertes, desprejuiciadas y comprensivas, se ríen del autor de las novelas acarameladas y melifluas. Hasta su apellido ha entrado en decadencia. Ya no se dice Zuviría. Ahora se dice «Zuvitiola». El, entre tanto, sigue envuelto en sus inciensos. El novelista de los almacenes generales ya no trasciende a Houbigant. Apenas a sahumero. La Iglesia lo arrastra hacia un altar.—MANUEL A. SEOANE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

AL MARGEN DE UN LIBRO RECIENTE

SE dice con frecuencia que el escritor no ocupa la digna posición que a su categoría corresponde, ni ejerce la acción social que de él reclaman, con singular urgencia, las circunstancias de la hora presente. Realmente no existe en Chile una clase intelectual. Sólo se cuentan entre nosotros los elementos que podrían servir de extremidades a su constitución orgánica: el investigador y el creador, aislados entre sí. Y mientras aquél censura a éste por su falta de precisión, su intrascendencia, el literato reprocha al erudito su acartonamiento y la carencia de espíritu de selección. Con respecto a estas apreciaciones, bien pudiéramos hacer notar que la menor o mayor importancia de un historiador es percibida generalmente por la mayoría, teniendo en cuenta las dimensiones de su documentación, mientras que la valorización de un literato sólo puede ser apreciada por una *élite*. En todo caso falta un tercer elemento destinado a servir de nexo entre estos extremos, para la formación de una clase intelectual. Y ese término medio, llamado a fijar rumbos definitivos, en medio de las estridencias de creadores e investigadores que se combaten, no puede ser compuesto por una fracción de literatos, en gracia de su indocumenta-

ción, ni por una fracción de eruditos, en virtud de su falta de espíritu literario, de la pesadez producida en sus escritos por la aglomeración de antecedentes históricos. Para salvar estos inconvenientes y colocarnos en situación de poder prescindir de un tercer elemento, sería necesario el concurso de los estudios clásicos, que proporcionarían conocimientos básicos a los creadores y facilitarían a los investigadores esa gimnástica de las ideas, que les es tan necesaria para no convertirse en majaderos. En nuestro entender, el mal reside en la importancia que se concede a las peculiaridades del temperamento. En Chile, el novelista, el cuentista, el poeta proceden por intuición. Hay todavía quienes sustentan la teoría del poeta inspirado. Y los investigadores obedecen a otra especie de impulso intuitivo, que se traduce en la fiebre de acopiar antecedentes, de acumular datos precisos, documentos y fechas, por simple curiosidad.

Sólo cuando la razón ordene y discipline todas las tareas intelectuales se dignificará la situación del escritor y adquirirá éste la trascendencia social que le corresponde. Sólo por este camino hallaremos el elemento aglutinante que nos hace falta para constituir una clase. Y a nuestro parecer, hemos de encontrarlo en la crítica.

Para ello es necesario que los hombres consagrados a esta cesen de apoyarse en el buen gusto y el prestigio de dos o tres lecturas escogidas, al determinar sus veredictos. Queremos encir con esto que ha de cesar esa forma de crítica intuitiva que se hace hoy día, en la cual ejercen influencia preponderante los impulsos cordiales, y que no está destinada más que a encauzar, en uno u otro sentido, los resultados editoriales, sin mayores preocupaciones por la interpretación filosófica.

Para lograrlo es necesario, ante todo, información y análisis. Cónforme al enunciado ne Sainte Beuve:

Ser crítico es someter todo a examen: las ideas y los hechos, y hasta los textos; es no proceder en nada por prevención y entusiasmo.

La copiosa información que el crítico requiere no ha de estar constituida por una suma de cultura generalizada, adquirida de noticias dispersas, de lecturas heterogéneas, sino que ha de ser la reunión de antecedentes cuidadosamente seleccionados, cuya exactitud haya sido medida a la luz de documentos, cuya trascendencia sea calculada sobre la base de comparaciones, teniendo en cuenta un plan fijado de antemano y respetando una disciplina.

En este sentido el tipo ideal de crítico es aquel que se produce

frecuentemente en Europa y que con una constancia admirable acumula en artículos y pequeños trabajos los elementos destinados a componer una obra de grandes proyecciones, que da a la publicidad cuando se encuentra en el cenit de su existencia. El hombre maduro, aquel que a los cuarenta años publica un primer libro, concienzudo, completo, sin correr riesgo de desmentidos, sin temor a la caducidad de la obra literaria, y el individuo especializado en la literatura de un idioma, una época o un autor, son preferibles a nuestros niños precoces, que dejan de ser inéditos a los quince años para encontrarse a los treinta con que nada subsiste de su primer empeño, y a los críticos de conocimientos generales, que han de apelar a las divagaciones y al elemento lírico, para poder hilvanar y dar a conocer dos o tres observaciones ajustadas, uno que otro dato interesante.

Un cambio de rumbos, un olvido de esas prácticas hasta ahora usadas, significa la aparición de *Rubén Darío y Chile* (1). Raúl Silva Castro muestra en él un propósito serio de investigación, de manera que ese trabajo no significó a sus ojos más que el primer aporte que hace a una obra, en la que algún día hayan de resumirse sus estudios, no como hijos de sugerencias circunstanciales, sino como la resultante lógica de elementos analizados aisladamente y luego comparados entre sí. Son sus propias palabras:

Hay más, mucho más que decir de la relación de Rubén Darío con Chile y los chilenos. El autor anhela tener ocio suficiente para completar esa obra que esperan las letras nacionales, y entretanto ofrece las herramientas indispensables para todo el que quiera hacer una obra semejante y no tenga ánimo para entregarse a la fría y árida labor bibliográfica (Pág. 50).

Pero el ser crítico comprende una segunda obligación, la de realizar, ya en posesión de todos los antecedentes, el análisis de éstos, su interpretación filosófica, para fijar el alcance de cada factor literario, las influencias sufridas o ejercidas por los autores, la trayectoria de las obras, su destino en el medio social.

(1) *Anotaciones bibliográficas precedidas de una introducción sobre Rubén Darío en Chile*, por Raúl Silva Castro. Imprenta «La Tracción», Santiago, 1930. Este volumen forma parte de la colección de publicaciones del *Boletín de la Biblioteca Nacional* en la cual han aparecido los siguientes trabajos: *Memoria del Servicio*, 1929; *La imprenta en la América Española*, por Luis Ignacio Silva; *Biblioteca Masónica*, por Benjamín Oviedo Martínez. Tenemos noticia de que en una fecha próxima el mencionado Boletín dará a la publicidad una bibliografía de Blest Gana, otra de *La Voz de Chile* y una obra fundamental sobre las *Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena*, en la que trabajan los señores Oviedo Martínez y Silva Castro.

El verdadero crítico es para mí el *animador*, en el sentido propio de la palabra; da un alma a la obra de arte que, por sí misma, no es más que una especie de cuerpo simplemente material (1).

De este modo, el crítico coteja y relaciona los elementos literarios, al par que reúne en sí mismo las aptitudes y características de los grupos extremos de la intelectualidad, el creador y el investigador, ejerciendo en cierta medida las funciones de ambos y constituyendo el término medio, el aglutinante a que nos hemos referido anteriormente.

El principal mérito de *Rubén Darío y Chile*, a juicio nuestro, consiste en su condición de aporte a una obra futura y en su calidad de investigación concienzuda y analítica, alejada por completo de *prevenciones y entusiasmos*. Este pequeño volumen representa la primera piedra de un inmenso edificio, en cuya construcción ha de intervenir principalmente Raúl Silva Castro, si no se aparta del sendero trazado por él mismo y nos ofrece, al cabo de unos cuantos años, un estudio completo acerca de la trascendencia de Darío en América.

* * *

Es necesario tener presente que en el crítico las funciones del investigador y las del *animador* (creador), no han de hallarse aisladas entre sí; no olvidar la condición de *suma* que debe asistir al espíritu crítico. Porque investigar, en este caso, no significa acumular, sino más bien desglosar acontecimientos e informaciones. El crítico debe descubrir la noticia imprescindible, como el pintor ha de adivinar el rasgo esencial de la fisonomía que comunicará carácter al retrato. El hecho no es más que lo que dice Raúl Silva Castro, *una herramienta*. Y es menester distinguir desde un principio, entre todas las herramientas, cuál ha de ser la utilizable.

En *Rubén Darío y Chile* se ha realizado esta tarea cumplidamente. El autor de la Introducción y de los comentarios a las fichas bibliográficas ha tenido que salvar numerosos inconvenientes y establecer diversos alcances, para lograr exactitud histórica y fijar la trascendencia que algunas circunstancias tuvieron en la vida del poeta. Curioso es comprobar que gran parte de esas dificultades surgen del examen de la *Autobiografía* de Darío; y observa de paso que los escritores que alcanzan fama universal no se resignan fácilmente con una relación monótona de días iguales, sino que aspiran a presentar una vida

(1) León Pierre-Quint.

poblada de contrastes y efectos teatrales: la gloria, tras la inquietud y los negros días sin pan; todo menos esa atonía de la vida burguesa del modesto empleado o el correveidile de los diarios.

Se esclarecen, en la Introducción que comentamos, la fecha de la llegada del poeta a Valparaíso y las circunstancias que rodearon la publicación del artículo necrológico sobre Vicuña Mackenna. Luego se precisa lo relativo a la crónica deportiva que, al decir del poeta, le valió la expulsión del periódico, por escribir *demasiado bien*, lo que aparece como inexacto a la luz de los antecedentes reunidos por Silva Castro. Finalmente, una nota aclaratoria acerca de la fecha en que fué compuesta la conocida décima a Campoamor. Estas que parecen nimiedades a primera vista, no lo son tanto en realidad, y su precisión contribuirá a esclarecer muchas dudas, si se hace aquel trabajo de interpretación que todos esperamos, relativas a las influencias, al ambiente en que vivieron Darío, sus imitadores y detractores.

Con todo, las más trascendentales sugerencias residen, para nosotros, en el capítulo tercero, dedicado al Certamen Varela. Allí encuentra base quien quiera investigar acerca de una situación social, con el propósito de realizar un trabajo, al margen del poeta y de su obra. Por el momento, nos limitaremos a recoger una afirmación y a comentarla brevemente. Según ella el premio dispensado a Rubén, compartido con don Pedro Nolasco Préndez, correspondía a la cantidad de seiscientos pesos, pesos de 1887, que equivalen, en valor específico y adquisitivo a la cantidad de cinco mil pesos actuales. ¿Qué poemas, qué colección de poemas, recibirían hoy día una recompensa tan crecida? ¿Qué concurso de iniciativa particular ofrece, actualmente, tantos incentivos?

A medida que la cultura se ha difundido, ha perdido en intensidad. Este mal inevitable ha conducido a la desvalorización de la obra literaria y ha transformado la fisonomía de los diferentes órganos de publicidad. El periodismo es noticioso ahora; noticioso y mal escrito; con una tendencia al magazine que representa un atentado contra las bellas letras. Para comprobar esta afirmación no tenemos más que cotejar diarios actuales con algunos del siglo pasado. Encontraremos, por ejemplo, en *La Época* de 1888, la publicación de versos de Soffia y Cañas, correspondencias sobre literatura científica alemana, por el Dr. Polakowski, cuentos chilenos y extranjeros, artículos de costumbres, bibliografía, una interesante sección denominada *Paisajes y costumbres*, en la cual se insertaban crónicas de viajes y noticias folklóricas, y finalmente la colaboración asidua de per-

sonajes, como Jules Simon, cuyos escritos se publicaban, en una misma edición, en francés y castellano.

Luego, si investigamos en lo referente a las compensaciones que en el pasado siglo recibían los intelectuales, podremos comprobar que en 1850 *El Mercurio* pagaba a Jotabeche, por cada artículo, una cantidad de onzas equivalente a doscientos pesos de hoy día. Más tarde, Rómulo Mandiola recibía en *El Independiente* treinta pesos de la época, por cada uno de sus escritos. Y don Benjamín Vicuña Mackenna percibía, además de su sueldo de redactor de *El Mercurio*, la cantidad de cincuenta pesos por artículo. Para comprender la magnitud de estas remuneraciones, hay que tomar en cuenta que en tiempos de este último publicista, el Club de la Reforma pagaba por su local (Calle de Huérfanos N.º 46, entre Claras y Miraflores), tan amplio como para poder efectuar en él las reuniones públicas que su carácter político demandaba, un canon de veinticinco pesos mensuales.

De este modo se explica que hombres como Vicuña Mackenna, que no tenían otro haber que el de sus ahorros, legaran a sus descendientes una suma suficiente como para que pudieran subsistir con decoro. Mientras que hoy día un hombre de letras, creador, investigador o crítico, se ve obligado a escribir más de cuarenta artículos en treinta días para poder lograr la fantástica (?) cifra de mil quinientos pesos mensuales, con la cual sólo puede vivir en medio de muchas dificultades.

¿Cuáles son las causas determinantes de esta situación, los elementos que han contribuido a ella y el remedio que puede oponérsele? Sería interesante averiguarlo, porque un estudio de esta naturaleza abarcaría la investigación acerca de una serie de factores sociológicos, cuyo esclarecimiento acaso contribuiría a explicar otras evoluciones experimentadas en diversos géneros.

En resumen, los apuntes publicados por Raúl Silva Castro pueden servir de base a una nueva orientación de la crítica. El solo enunciado de esta afirmación revela la importancia de aquellos y las perspectivas que se ofrecen a este intelectual, del cual podemos esperar una obra completa, cimentada en investigaciones y valorizada por un magnífico ensayo de interpretación.—
F. ORTÚZAR VIAL.